

"A nadie se ofenderá aquí, a lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas se pareciesen por casualidad a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérselo".

Viejos achaques de la enseñanza médica

El problema de la enseñanza médica es absolutamente básico para lograr una ética aceptable del ejercicio profesional. El autodidactismo de los médicos españoles no es razón que disculpe o exima de reforma el régimen pedagógico en que vivimos. Ni todos los licenciados pueden adquirir extrauniversitariamente su adiestramiento, ni es admisible que, a fuerza de fracasos sobre los enfermos, lo adquieran, ni las facultades se han creado para llegar a esta conclusión de que, una vez obtenido el título, cada uno aprenda como pueda.

Nuestras escuelas de Medicina adolecen de graves males, cuyos remedios, justo es reconocerlo, son pedidos esforzadamente por los más preclaros profesores. El sistema arcaico de elección del profesorado es, tal vez, el punto de partida de muchos errores docentes. El "canario de oposición" resulta, por lo común, una calamidad pedagógica que ha de gravitar sobre el estudiante. La función investigadora suele aparecer reñida con la aptitud magistral. No hay por qué revivir ejemplos que fácilmente saltan a la vista. La falta de independencia económica del profesorado, cuya dotación es ridícula, hace que muchos aspiren a la cátedra médica sin vocación docente, sin ver en ella otra cosa que una plataforma para la obtención de pingües clientelas. Precisamente por esta modestísima situación económica del profesorado, son doblemente admirables aquellos que escogen como preferente empleo de sus actividades y de sus amores la asistencia a su cátedra, a su clínica o a su laboratorio y la convivencia con sus discípulos, al cultivo (que hacen compatible, pero no preferente) de sus aristocráticos clientes. Son éstos—y no pocos, por fortuna—los que llevan dentro, en presencia y potencia, un soberano maestro. Son los que se consagrarían con el más íntimo placer a la función pedagógica y humanitaria; son, en una palabra, los que el Estado necesita en sus universidades y los que, a un tiempo, no sabe utilizar plenamente; que en esto de premiar la inteligencia, el Estado sigue creyendo que los sacerdocios no necesitan mucho estipendio. El único que no cree en nuestro sacerdocio es el señor ministro de Hacienda, a juzgar por la fruición con que nos cruje los impuestos. Un secretario de Comité paritario resulta casi un banquero al lado de un profesor de la Universidad. Un desastre, un verdadero desastre...

Incoordinación pedagógica

Los maestros, los verdaderos maestros, saben muy bien el poder anarquizante de este problema económico sobre la formación de los nuevos médicos, problema al que se une el de la irracionalidad de los planes de estudios en franca incoordinación de las distintas disciplinas. Todavía, y a pesar de lo reformado en este aspecto, en las especialidades cursadas en los últimos años es preciso iniciar a los inminentes médicos en las reglas de la prescripción terapéutica. Se llega al fin, en muchos casos, sin haber usado el estetoscopio, sin haber visto una infección aguda, sin haber examinado un solo enfermo lactante, sin haber que no es posible asomarse a un microscopio con las manos puestas en la región lumbar.